

## Filiación divina y alegría

Rebeca Reynaud

La verdad de que somos hijos de Dios es tan importante, que de entenderla bien o no, depende en parte nuestra felicidad en la tierra y en el Cielo. Somos hijos de Dios por adopción.

Debbie Moons, maestra de primer grado, estaba discutiendo con su grupo la pintura de una familia. En la pintura había un niño que tenía el cabello de diferente color al resto de los miembros de la familia. Uno de los niños del grupo sugirió que el niño de la pintura era adoptado y una niña compañera de él le dijo:

"Yo sé todo acerca de las adopciones, porque yo soy adoptada". \* "¿Qué significa ser adoptada?" preguntó el niño y la niña le contestó:

"Significa que uno no crece en el vientre de su mamá sino que crece en su corazón".... Eso ha pasado con nosotros. Somos hijos adoptivos de Dios.

Los seres humanos acostumbramos a quejarnos de todo y a dar gracias de casi nada. Habría que fomentar en nosotros la capacidad de ser felices. El Maestro **Eckhart** escribió: "Si le dices gracias a Dios por todas las alegrías que Él te da, ya no te quedaría tiempo para quejarte." (s. XIII-XIV). Sé feliz porque son muchos los que esperan participar de nuestra lumbre, contagiarse de nuestra alegría.

**¿Cómo es posible invocar a Dios como "Padre"?** El *Compendio del Catecismo de la Iglesia* responde: Podemos invocar a Dios como "Padre", porque el Hijo de Dios hecho hombre nos lo ha revelado. El *Padre nuestro* es "el resumen de todo el Evangelio" (Tertuliano). Se nos da en el Bautismo, para manifestar el nacimiento nuevo a la vida divina de los hijos de Dios (cf. 579-583).

Hay que saborear también lo que decía San León Magno: "el don que supera todo don es que Dios llame al hombre su hijo y que el hombre llame a Dios su Padre" (*Homilía VI in Nativitate, 4*). Efectivamente, toda nuestra vida es una *gran peregrinación hacia la casa del Padre*.

**Benedicto XVI** escribe: "La simple palabra *padre* con la que nos situamos en una relación infantil con Dios, es inagotable. Pero la palabra *nuestro* no es menos inagotable. Esta filiación no radica en el "yo", sino en el "nosotros". La estructura de esta oración, pues, alberga una riqueza que a lo largo de los siglos ha ido saliendo a la luz poco a poco" (*Dios y el mundo*, p. 252).

Ser hijo de Dios no se alcanza por nacimiento, sino que se llega a ser progresivamente con la profundización en la fe, con la escucha prolongada de la palabra de Dios, con su interiorización (es el ejemplo de la semilla en la buena tierra: como en la parábola del sembrador), con la oración y la práctica de las virtudes cristianas.

Cuando le hicieron una entrevista al Cardenal Ratzinger, en 1992, había una pregunta sobre la necesidad de hacerse como niños delante de Dios, respondió: "La teología de lo pequeño es fundamental en el cristianismo. Nuestra fe nos lleva a

descubrir que la extraordinaria grandeza de Dios se manifiesta en la debilidad, y nos lleva a afirmar que la fuerza de la historia se encuentra siempre en el hombre *que ama*, es decir, en una fuerza que no se puede medir como se miden las categorías del poder. Dios quiso darse así a conocer, en la impotencia de Nazaret y del Gólgota. Por lo tanto, no es mayor el que posea mayor capacidad de destrucción, sino por el contrario, una pequeña partícula de amor, pareciendo tan débil, es muy superior a la máxima capacidad de destrucción". (*La sal de la tierra*).

Toda la Teología se puede resumir en que *somos hijos de Dios*. Además, es nuestro escudo, nuestra defensa, de allí sacamos confianza en el Señor. La filiación divina es lo que nos convertirá, lo que nos levantará, lo que nos dará a conocer nuestra dignidad.

Dios nos conoce hasta el fondo. Ninguno de nuestros esfuerzos se le escapa. El nos sostiene. Es siempre como un padre que enseña a sus hijos a dar sus primeros pasos. Nos imaginamos que, a veces, Dios nos aplasta con una mole de sacrificios, cuando son precisamente ellos los que nos alivian. Dios es sensible a nuestras delicadezas, dice Gabriela Bossis. Nada se pierde de los cuidados que damos a nuestra alma y a las almas de los demás. Nosotros no lo vemos pero en el Cielo sí nos ven.

La Cruz de cada día es fuente de bendiciones. Así como abundan los sufrimientos, abunda la consolación. Ésta está en la filiación divina. Cristo mismo experimentó pavor, miedo. Si somos atribulados es para la salvación de otros y para bien nuestro, si lo tomamos con fe.

**Santa Teresita del Niño Jesús** fue una niña ordinaria con un alma extraordinaria. En 1997 la Iglesia le da a Santa Teresita el título de Doctora de la Iglesia. La importancia de ese doctorado está en la fusión entre Teología y santidad.

Tres motivos que tuvo el Papa para nombrarla doctora:

1. Su actualidad: es la doctrina más cercana a nosotros. Es la única doctora del siglo XIX.
2. Es la doctora más joven de la Iglesia, muestra que la juventud juega un papel básico.
- 3, Hay una particular devoción a ella en las iglesias jóvenes (de América, Asia y África). Ayuda a la revitalización de la Iglesia y de la nueva teología.

La grandeza de Dios se ve en que los pequeños podemos ser santos. Cuando habla del Cielo dice: "Me he formado del cielo una idea tan elevada, que a veces me pregunto cómo se las arreglará Dios, después de mi muerte para sorprenderme". Hasta aquí habla una niña. Luego dice: "Si no me siento suficientemente sorprendida, aparentaré estarlo por darle gusto a Dios". Está visto todo desde Dios; el meollo es ver feliz al ser amado (Cuaderno Amarillo 15.5.2). Luego dice: *Al infierno no le temo, soy demasiado pequeña para condenarme. Los niñitos no se condenan. ¡Qué audacia la suya!*

**San Josemaría Escrivá**, santo de los tiempos actuales, sintetiza todo en amar la Voluntad de Dios en las buenas y en las malas, y agradecer todo ello a nuestro

Padre Dios con la alegría de ser sus hijos, hijos que saben que a veces un palo les viene bien, y otras veces necesitan tener la alegría de ser el consuelo de Dios. Dios quiso que en el alma de San Josemaría Escrivá se grabara con gran intensidad la conciencia de ser, en Cristo, hijo de Dios. *La vida mía me ha conducido a saberme especialmente hijo de Dios, y he saboreado la alegría de meterme en el corazón de mi Padre, para rectificar, para purificarme, para servirle, para comprender y disculpar a todos, a base del amor suyo y de la humillación mía. (Amigos de Dios, 143).*

Dios no se cansa de dar. No nos cansemos de recibir. Dios no haría otra cosa que dar si tuviese a quien. Busca quien le quiera recibir. Al contemplar una vez más al Niño Jesús, entre las pajas, damos gracias por la esperanza que nos trae, y le pedimos que este corazón nuestro, chiquito, lata a impulsos del Amor más grande jamás conocido.

**León Tolstoi** escribió sabiamente: "El secreto de la felicidad no está en hacer lo que se quiere sino en querer lo que se hace". Ello recuerda lo que decía el beato Enrique Susón: "Preferiría ser el mas vil gusanillo de la tierra por voluntad de Dios que serafín por voluntad propia".